

Mil doscientos pasos

Juan Cruz Ruiz

1

Pasaron el tiempo y una multitud de cosas, tantas que ahora forman un torbellino que llega hasta este lugar de la calle. No hay nadie, no se oyen ni los grillos, estoy aquí solo, la sombra del cuerpo se ha ido alargando, a la vez que vuelven a mí mechass sueltas de aquellos tiempos, nítidas como postales. Ahí está el garaje, al que llamábamos salón; las risas secretas; las ojeras hinchadas de las mañanas, «eso es la adolescencia, por eso no te mueres, anda, que tienes que ir a la escuela». Pesaban los cuadernos y los libros, pesaban las manos, los dedos, la cabeza y las lonas, pesaba el miedo y también la mirada del maestro, los ojos de los compañeros parecían decirme algo que yo no quería escuchar. «No pasa nada, cosas de chicos, mándalos al carajo, pero amigos te tienes que hacer».

Poco a poco me convertí en uno más del barrio y ya nunca más nadie dijo nada de mis ojeras, aunque yo las seguí viendo en el espejo, hasta ahora, un millón de años después, las manos frías en los bolsillos, solo ante el recuerdo, que retumba en mis oídos con el estallido de un disparo. Los muchachos encaramados a las palmeras, las tardes de la foguetería, el campo de fútbol, las pelotas de trapo, el abuelo domando burros, los burros saltando.

Un día un chico me aplastó la cabeza contra el muro blanco coronado de cristales rotos. Sangré, el barrio entero gritó un «ay», los que estaban allí y los que lo habían oído todo. Ahora estoy frente a ese mismo muro, que es grande, de piedra, lo llamábamos «el Muro». Desde aquí miro el tiempo que pasó, hora a hora, como

si tuviera en mis manos una calcomanía de imágenes sueltas de las que también se desprenden gritos. Miro este paisaje y veo un álbum de fotografías de futbolistas tristes, uno se llama Herrerita, yo mismo le puse una orla negra cuando murió.

Estoy de pie ante el muro blanco, apoyado donde siempre nos apoyábamos los chicos para ver pasar los coches o a las mujeres gritando que llevaban pescado salado, hasta que anochece y los grillos nos mandaban a casa. La mayor parte de nosotros no tenía lonas ni zapatos, pero en la tierra no había aún astillas, el suelo era dócil como la ropa que servía para limpiarnos el culo. Yo pisaba siempre sobre el esparto de las lonas, con andares de señorito.

Cuando no lo miro todo es pasado, pero de pronto abro los ojos y esa pared me devuelve a la infancia. Hay sangre, gritos. «No muevas la cara, que te sangra».

La sangre es inolvidable; por eso me he parado aquí, por si la memoria es capaz de detener su chorro azulado, el horror de sentir que cae sobre ti la mano cerrada, un alarido y la sien repitiendo su sonido de ruina, el recuerdo devolviendo hasta el último gramo de ese líquido caliente y viscoso. «No mires, no mires, es solo sangre». Ahí sigue la huella, en mi memoria y sobre el muro, igual de sucio que entonces. Solo mi mente en retrospectiva es capaz, sesenta años después, de situar el lugar exacto en el que Crispín quiso matarme. Hay una señal, pero será de otra cosa. Una lagartija holgazana sube de pronto por la porción de piedra en la que fijo la vista. Es como un dedo pardo señalándome el lugar exacto de aquel momento, que evoco ahora sin rencor.

Al otro lado del barranco hay muchachos que vuelven de la escuela, es fácil distinguir entre este bullicio y aquel griterío. El barrio está enjalbegado, pero ahí sigue

la lagartija, trayendo hasta mí el eco del día en que creí que iba a morir a manos de Crispín. Mi madre le dio un tortazo, eso me dijo luego, pero yo no lo vi, y si vi algo, no quise mirar. Hasta hoy, hasta ahora mismo. Me he pasado la vida olvidándome.

«El tiempo vuela, nos vamos poniendo viejos», cantaba un hombre a la guitarra en la taberna. Los demás parroquianos reían; yo pasaba por allí y en su cara hallaba celajes, escuchaba sonidos, un ruido del que me iba alejando para que no me vieran entrar en lo más hondo del sótano. Veo mi rostro de muchacho lleno de miedo, un rostro vergonzante. «Las ojeras se te quitan llorando», decía mi madre.

Solía bajar al sótano de los ratones pues allí, en la oscuridad, había descubierto un fulgor al que regresaba una y otra vez, como si el placer se alojara en ese lugar preciso de la casa y me estuviera esperando. La negritud, el tacto de mi propia mano, las barricas frías, la madera que amortigua los sonidos del placer. El pecado era anónimo, ¿quién iba a saberlo? Luego salía silbando de allí, porque sabía que nadie iba a enterarse.

En la esquina de arriba fue donde me agarró Crispín. «¿De dónde vienes, pollaboba?», dijo por saludo. Después lo fue repitiendo hasta que llegamos al Muro, mientras trataba de golpearme el hombro y yo lo esquivaba como podía. «¡Cobarde, di algo!, ¿de dónde coño vienes?, ¿qué pasa que no dices ni mu, cobarde de mierda?», pero yo estaba aturdido, como quien quiere huir de todo, de él, hasta del sonido de la calle, que era sordo como una tumba. «Este chico es un ruin», me iba diciendo a mí mismo, hasta que de pronto escuché el estampido, un sonido tan fuerte que no parecía provenir de mi cabeza. Todo empezó a darme vueltas, pero aun así recuerdo los estertores del final de una riña a la que ya no podía oponer nada. Lo último que escuché fue a Crispín, que gritaba «¡me matas, cabrón,

déjame darle!». Nadie me contaría más tarde quién vino a sujetarlo para que no me matara.

Ahora parece que todos aquellos años fueron un día solo en el que persiste la mirada de chico asustado que asiste a tremenda paliza como si él no fuera la víctima de la somanta de tortazos. «¡Te lo tienes merecido!», gritaba Crispín. La reverberación de esas palabras, sus convulsiones, la baba blanca cayéndole de las comisuras de la boca. La gente comenzó a arrojarle agua y él amortiguó los alaridos; su cara se fue convirtiendo poco a poco en la de un niño manso. «¡Despierta, no ha sido nada!». Ni supe a quién se lo decía. Una mujer, la barbera del barrio, se asomó sobre el hombro del panadero de camisilla gris y dijo: «Le dio un tontín, eso no es nada». Después alguien se acercó a mí, «pero este está sangrando, esto es una locura, que alguien traiga mil toallas». Nadie pidió que viniera un médico, pero un hombre que iba siempre mirando al suelo se ofreció a traer un botiquín, y recuerdo que un muchacho que luego sería rehén de reformatorio le pidió explicaciones mientras escupía al suelo: «¿Y qué coño es eso, un botiquín, pollaboba?». Aún ahora ignoro cómo empezó la reyerta, lo cierto es que alguien lo separó de mí y le golpeó en la sien mientras me maltrataba. «¡Crispín, que lo matas!», llegué a escuchar. Pero pronto me dejaron de lado, como a un herido de guerra, medio inconsciente, cuando fue el propio Crispín quien se desplomó en el suelo como un siquitraque. El hombre del botiquín dijo: «Un mal, le dio un mal». A mí me tendió la mano alguien que pasaba por allí y me levantó del suelo dándome pequeñas cachetadas, «pa que despiertes». Nunca supe quién había sido mi salvador, solo recuerdo una figura que se fue cojeando hacia la parte en que el barranco eran chozas, y tampoco si eso, como tantas cosas derivadas de la debilidad extrema, era el sueño oscurecido en el que viví entonces. Después sería mi madre la que me dio la mano. «Aquí no vuelves más».

El sol me entra por los ojos, no pasa el tiempo mientras
hace sol, y aunque lo haga sigue...